

DE LO GENERAL Y LO PARTICULAR EN ARQUEOLOGÍA

Agustín M^a **LUCENA MARTÍN**

Área de Prehistoria

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Córdoba

letal91@hotmail.com

Resumen: En este trabajo tratamos la escisión existente entre los diversos campos de conocimiento, surgida a partir de la diferenciación entre ciencias naturales y ciencias del hombre. Del mismo modo reflexionamos sobre la inclusión de la Arqueología, y en especial, la aplicación de ésta al conocimiento de la Prehistórica, en uno u otro tipo de disciplinas, y sobre el alcance de la interpretación arqueológica.

1.

Durante los tres últimos siglos de Historia, XVIII-XX, y con especial intensidad desde la segunda mitad del XIX, se han venido fundiendo las disciplinas y ámbitos de saber de manera que unos se han apoyado sobre otros, y del mismo modo, los cambios en los puntos de vista de disciplinas más generales han venido alterando el panorama de campos de saber más restringidos. Estos tres siglos corresponden al periodo en que las concepciones sobre el tiempo han experimentado el cambio desde la noción newtoniana del tiempo absoluto que existe independientemente de los objetos materiales y los acontecimientos como duración pura, a la de un tiempo cuyas propiedades varían en relación a las propiedades y movimientos de los cuerpos materiales, desarrollada por Einstein entre 1905 y 1915 en la Teoría de la Relatividad (CARDOSO, 2000: 198-204). Con la mencionada concepción del tiempo, cuando Sir Isaac Newton fue nombrado presidente de la *Royal Society* y desaconsejó a sus miembros el interés por los restos materiales del pasado, abrió la brecha, existente hasta hoy, entre ciencias naturales y ciencias del hombre (DANIEL, 1968: 136-137). Sin embargo esta escisión fue rápidamente vencida por aquellos que se sintieron atraídos por la idea de una Naturaleza transida de leyes uniformes y universales de Newton, y utilizada como vehículo de comprensión social, como Condorcet (HARRIS, 1971: 34).

Para Einstein, la imagen que un físico puede dar del mundo se refiere a hechos muy simples, aquellos perceptibles por nuestros sentidos, y son éstos los que podían quedar sometidos a leyes generales (1988: 34-35); no hay relaciones espaciales absolutas, es decir, independientes del espacio de referencia, ni relaciones temporales absolutas entre dos eventos, de manera que sólo el evento tiene realidad física. En la física anterior a Einstein, el espacio y el tiempo eran entes separados, las indicaciones de tiempo eran independientes de la elección del espacio de referencia, pero con la Relatividad el espacio y el tiempo dejan de ser separables, no se puede dividir la continuidad tetradimensional en un espacio de tres dimensiones y un continuo temporal de una dimensión (1976: 29-30; 1988: 114-115). La teoría de la relatividad, al estar ligada a las grandes velocidades y las grandes masas, no causa problemas a la concepción del paso de tiempo en nuestro planeta, de manera que la Historia puede seguir ligada a un patrón temporal newtoniano. Sin embargo, quien hace de la Historia su objeto de estudio, ya no

puede nunca más ser ajeno a la atmósfera de pensamiento general sobre éste, y así, aunque un historiador no sepa nada del principio de dilatación del tiempo en las grandes velocidades, sí sentirá un ambiente que niega la realidad de un tiempo autodeterminado al margen de los procesos; es posible que no sepa nada del principio de incertidumbre de Heisenberg, pero puede verse influenciado por posiciones antideterministas, que se apoyan en la teoría cuántica (DE BENEDETTI, 1979; CARDOSO, 2000: 215-216).

Desde la década de 1960 (RENFREW, 1990) se fue gestando en los Estados Unidos entre algunos arqueólogos de formación antropológica una idea de renovación arqueológica que remediase las limitaciones de la Arqueología Tradicional, a la que consideraban poco científica en la explicación del pasado. Pretendían convertir la Arqueología en un estudio sistemático, de manera que los fenómenos se pudiesen explicar como algo "ahistórico". En efecto mirarán hacia las ciencias naturales buscando forjar una metodología y teoría arqueológicas (BINFORD, 1990: 26-28), de manera que las teorías con que explicaban el funcionamiento de la cultura y los cambios de ésta, tuviesen validez universal. Con y desde el advenimiento de la *Nueva Arqueología*, el estudio del pasado a través de sus repertorios materiales, aumentó significativamente sus aspiraciones: de la mera *descripción* de los restos se pasó a una nueva situación en que los mismos restos podían ser *explicados* e interpretados (WOODWALL, 1972: 7-18), creándose de inmediato una teoría científica que daba cobertura a estas nuevas explicaciones, y que hacían de la Arqueología una disciplina enormemente ecléctica, que toma sus principios de otras disciplinas como la Antropología, la Sociología, la Psicología (WATSON, LEBLANC, REDMAN, 1987: 164-182), y a la vez se hacía técnicamente interdisciplinar (VICENT, 1982).

Si la Nueva Arqueología nace en los '60 en un clima de confianza en los Estados Unidos como ápice de la cultura occidental, en los '80, dentro del clima de crítica conceptual y metodológica que tinte todas las manifestaciones de la postmodernidad, en el campo antropológico se critica el punto de vista del investigador occidental que deja a un lado la mentalidad de las sociedades primitivas actuales, y a la vez se ataca dentro de la arqueología la noción de la cultura material como medio y objeto de adaptación, y que debe ser concebida como expresión simbólica de la relación entre personas y cosas, un metalenguaje que puede ser leído como un texto; la Arqueología Postprocesual entablaba así un litigio con su predecesora por el binomio función/ significado (CAZZELLA, 1996: 11-16; MROZOWSKI, 1996: 37-42; SUSINI, 1996: 67-78).

La Arqueología Postprocesual, ataca a su predecesora por su materialismo y determinismo y por haber impuesto al pasado el aparato ideológico de las sociedades occidentales (GIUSTI, 2002: 3-30). Pero parece que una vez agotado el poder de crítica de esta corriente, no ha aportado nuevos medios interpretativos ni medios operativos de investigación, y en cambio, tras llamar la atención sobre la imposibilidad de un acercamiento objetivo en la interpretación del pasado, puede haber forzado un cierto relativismo, y una atmósfera de que "*anything goes*" (RENFREW, BAHN, 2000: 43).

Parece que después de todo el problema de base sea definir si la explicación en Arqueología debe revestir la forma de leyes generales nomotéticas o por el

contrario debe ser una explicación histórica (CURTI, 1985: 33; TRIGGER, 1996: 401-403), además de individuar cuáles son las explicaciones satisfactorias y por qué lo son. Para los evolucionistas de los años '50, en que se apoyaría una década después la *New Archaeology*, el particularismo de la primera mitad de siglo, con su desconfianza hacia el método hipotético-deductivo (de lo general a lo particular) y las leyes generales (nomotéticas) (SOUTH, 1977: 1-29) ofrecía el problema de que no brindaba una fundamentación teórica necesaria para una ciencia arqueológica.

Si bien es cierto que una definición teórica y metodológica de la arqueología tendría numerosas ventajas, pues nos permitiría, para empezar, aunar proyectos de investigación de amplio espectro internacional (BIETTI, BIETTI, 1985: 13), creemos que hay ciertos aspectos, anteriores a la propia teoría interpretativa arqueológica, que deben ser resueltos, y que *atenuarían la necesidad de un encuadre de la Arqueología entre las ciencias naturales o del hombre*. Se ha definido "la filosofía de la Arqueología o de cualquier otra disciplina particular como un intento de crítica radical de su constitución epistemológica y su praxis en un marco de referencia definido por conceptos y categorías independientes de dicha constitución epistemológica y desligados de los intereses y condicionamientos en los que se produce dicha praxis" (VICENT, 1991).

Efectivamente consideramos que debemos movernos en los márgenes de la Arqueología si queremos crear un marco epistemológico sólido para ésta. Decimos crear cuando tal vez deberíamos decir poner en claro, pues si bien el conocimiento científico no contiene aspectos filosóficos, la investigación científica a la vez supone y controla algunas importantes hipótesis filosóficas, como son el *realismo* (el objeto conocido y el sujeto cognoscente son entidades diferentes, y el primero existe de manera independiente a las representaciones que de él hacemos) (SEARLE, 1995: 153) y el *determinismo ontológico* (la investigación científica consiste en la búsqueda de leyes, las cuales establecen límites a posibilidades lógicas) (CARDOSO, 2000: 16-41), del mismo modo que la filosofía a la vez fundamenta y establece conexiones entre ciencias particulares (DILTHEY, 1974: 118-119). Más de cerca afecta a la Arqueología la diferenciación entre aspectos materiales e inmateriales de la cultura, que en filosofía viene conocido como *dualismo* (POPPER, 1996: 24), y la creencia en las conexiones entre ambas (LEVI-STRAUSS, 1971: 31). La Arqueología bebe directamente de la aceptación de estas dos facetas vinculadas de la Cultura, sobre todo desde la aparición de los binomios forma-función y función-significado. Sin embargo, no ha sido ésta una actitud privativa de la Arqueología, pues la investigación histórica ha finalmente demostrado su preocupación explícita por el plano material de la cultura con la escuela de "Annales" y los estudios de L. Febvre y M. Bloch (TABACZYNSKI, 1996: 6).

Hasta ahora los esfuerzos han venido desarrollándose en la forma en que los datos son recuperados y ordenados para su interpretación. Este nivel interpretativo presenta un problema fundamental, sea cual sea la corriente a la que prestemos atención: *¿Qué tipo de evidencias debe obtenerse y en qué grado de reiteración deben éstas ser observadas para que pueda admitirse que una hipótesis empírica ha sido contrastada o no?*, y cómo enlazar la teoría al objeto arqueológico para que ésta no quede como una construcción aislada (CASTRO MARTÍNEZ, *et alii*, 1999: 14-15), *¿Cómo se relacionan las leyes y teorías con la evidencia propuesta?*, *¿cuáles son los criterios para establecer "buenos" conceptos?* (GARCÍA FERRANDO, 17-18). Desde una visión metodologista de la ciencia, el único requisito para cultivar ésta es la aplicación del método científico. Sin embargo, esto supone confundir *condición necesaria* con *condición suficiente*: el método no basta, también importan los problemas, los supuestos, las hipótesis y los fines (BUNGE, 1985).

Desgraciadamente ciertas hipótesis no admiten contrastación arqueológica, no hay hechos arqueológicos que las demuestren verdaderas. En cambio hay hechos arqueológicos que no demuestran equivocadas esas hipótesis. ¿Por qué considerar verdadera una hipótesis sólo porque no encontramos hechos que la refuten?, hay que suponer que es el hallazgo de algún otro que la confirma. Ante todo hay que mesurar nuestras expectativas, el alcance de nuestros postulados teóricos, pues podemos llegar a un punto donde las refutaciones y pruebas a nuestras hipótesis dependan de nuestra voluntad de probar y refutar.

Pongamos un ejemplo acerca de cómo se han venido desarrollando los trabajos en interpretación arqueológica. Tenemos un apartamento y decidimos instalar una columna en medio de un espacio que consideramos demasiado diáfano. Consultamos con un decorador el tipo de columna, su diámetro, y color. Hacemos que la columna armonice con los elementos preexistentes, pero si la emplazamos sin más podemos encontrarnos con que el suelo no está preparado para soportar tanto peso en un lugar tan concentrado. De manera que aunque la columna sintonice perfectamente con todos los elementos decorativos, puede que la estructura no la tolere. Esta circularidad de los paradigmas y construcciones científicas, donde cada parte viene fundamentada en la anterior y sustenta la siguiente, es la que los hace inconmensurables (BOLADERAS, 1997: 36-38). La estructura que debe soportar el peso de la columna es previa a los elementos decorativos en esa construcción aunque el invento de la estructura fuese posterior a la de los elementos decorativos. El peso metafórico del ejemplo comentado es evidente: Hay un elemento cronológico en todo esto: lo que encaja con el presente no tiene por qué encajar con el pasado, lo que a un nivel encaja no tiene por qué encajar a otro nivel. Es M. Heidegger, y su "*Construir, Habitar, Pensar*" (1991: 96-108), quien legitima definitivamente este tipo de ejemplos.

Se postula pues la necesidad de un nivel inferior para la construcción arqueológica que sostenga los dos estadios superiores, y que resuelva en última instancia los problemas teóricos surgidos en el piso inmediatamente superior, el interpretativo, así como las relaciones de éste con el tercer piso, el de los datos. Este piso base debe responder a la pregunta fundamental de hasta dónde puede llegar nuestra interpretación.

2.

La Arqueología presenta una serie de condicionantes que nos indican por si mismos que no podemos incluirla sin más entre las Ciencias Naturales. En estas últimas los condicionantes que afectan a la investigación pueden ser de tipo infraestructural, es decir, disponer de más o menos recursos en relación a las líneas de investigación que vienen primadas en cada caso por circunstancias políticas, sociales o económicas, pero no afectan a la manera en que los resultados se interpretan. Las Ciencias Humanas, sin embargo, sufren por un lado los condicionantes que les imponen las circunstancias políticas, sociales y económicas en que se desarrolla, condicionantes activos para el estudio de la Historia (WEBER, 1972, 1998). Si bien el estudio inicialmente de restos materiales desprovistos de la subjetividad que porta el texto hacían vaticinar para la Arqueología un carácter aséptico en su estudio de las comunidades humanas (VAN DEMAN MAGOFFIN, 1930: 41), es difícil que hoy alguien defienda la objetividad de ésta. Se ha puesto de relieve en el caso de las influencias micénicas en Europa (MEDEROS, 1995: 131-141; MARTÍN DE LA CRUZ, LUCENA MARTÍN, 2002), o para la paradójica difusión de la Nueva Arqueología (PELLICER CATALÁN, 1995). En sentido opuesto operaría la influencia

que la Arqueología ejerce sobre la sociedad, a través de construcciones no inocentes de lo que se considera culturalmente correcto (RUIZ ZAPATERO, 2002) y como constructores de la identidad nacional (PAGLIANI, 1996: 572; RUIZ GÁLVEZ, 2002).

Por otro lado afectan a las ciencias humanas las limitaciones del propio hombre, de nuestra forma de conocer, de estructurar nuestro conocimiento y de nuestra forma de manipular éste consciente o inconscientemente.

La Historia, su interpretación, cambia de una generación a otra de historiadores, y no necesariamente porque nuevos datos y documentos introduzcan planteamientos también novedosos, sino por cambios en los puntos de interés. Estos puntos de interés condicionan la selección de los datos efectuada en cada caso, además de la interpretación, la significación de esos datos. El historiador no puede evitar hacer una selección de datos (WRIGHT MILLS, 2000: 143-164), que comienza por el ambiente en que el investigador vive y desarrolla su trabajo, desde el mismo hecho de disponer o no de una bibliografía concreta. Y yendo más allá, cada generación sostiene un paradigma, una realización científica universalmente reconocida que proporciona problemas y soluciones y guía los pasos de la comunidad científica (KHUN, 1981: 13), y que es el reflejo de la construcción social de cada tiempo (STERELNY, 2001: 123-130). A veces un paradigma es sostenido por varias generaciones sucesivas aunque en el transcurso se haya comprobado que hay muchas pruebas que lo refutan. Así se produce un nuevo tipo de selección en la actividad científica (JOHNSON, 1998: 24). En palabras de Levi-Strauss:

"Todo miembro de una cultura es tan estrechamente solidario con ella como este viajero ideal lo es con su tren, puesto que desde nuestro nacimiento, el medio ambiente hace penetrar en nosotros de muchos modos conscientes e inconscientes, un complejo sistema de referencia consistente en juicios de valor, motivaciones y puntos de interés, donde se comprende la visión reflexiva que nos impone la educación del devenir histórico de nuestra civilización, sin la cual, ésta llegaría a ser impensable o parecería en contradicción con las conductas reales" (1993: 69).

Las orientaciones actuales de la ciencia difieren de las que tuvo en la Antigüedad: del preguntarse qué son las cosas, e identificar el conocimiento como fin en sí mismo, se ha llegado a una nueva situación en que la pregunta es cómo funcionan las cosas, y la utilidad de este conocimiento es sólo el bien común dentro de regímenes políticos liberales (KAS, 1988: 128-153), inserto en una concepción de las masas como plataformas socio-económicas (LEROI-GOURHAN, 1986: 157-158).

Un ejemplo de lo dicho sería la ciencia en la antigüedad griega y romana. Ésta no se aplicó a la invención de máquinas que ahorrasen trabajo por dos razones: era una ciencia legada sobre todo al concepto, al mundo abstracto de la matemática pura, y alejada de la experimentación, por lo que la física y la química se desarrollaron poco. Por otro lado el tejido económico, político y social, no lo facilitaba, pues eran las enormes dotaciones de mano de obra esclava a buen precio la que hacía el trabajo, el desprecio por el trabajo manual que sentían los propios científicos (FARRINGTON, 1950: 235 y ss.).

La información que resulta de los trabajos de investigación no permanece estancada, sino que se filtra de diversas maneras controladas e incontroladas, de manera consciente e inconsciente. No todo el discurso arqueológico escrito, que es

una parte sólo del trabajo arqueológico de campo y laboratorio, es accesible al público en general. Va pasando por diferentes estadios en los que se va modificando, ampliando unos aspectos, simplificando y perdiendo otros (MANSILLA CASTAÑO, 1999). Ampliando el concepto freudiano, tenemos una suerte de *superyó social*, a través de la creación de imágenes del presente que tienen menos que ver con cómo esa sociedad es realmente que con cómo se ve a si misma como perseguidora de una serie de valores y detractora de otra serie de defectos (FREUD, 1997). Son la sociedad, y la propia comunidad científica, las que en gran medida anulan la personalidad del científico, y sin embargo, también es la comunidad científica la que impone ciertos cauces a una sociedad que se puede dejar llevar muy fácilmente por los descubrimientos y directrices que marca la ciencia (GADAMER, 1992: 92-94).

Un caso de esta interrelación entre la actividad intelectual y su medio es la interpretación marxista en Arqueología. Ésta afirma la dependencia de la Estructura y la Superestructura con respecto a los medios materiales inmediatos de subsistencia (HARRIS, 1987: 163) y donde la ideología viene a encubrir las contradicciones y conflictos en y entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción (HODDER, 1994: 77), surgida en un ambiente social concreto que favorece su surgimiento y difusión, puede integrarse en ocasiones dentro de la Superestructura. Así es como el hombre se convierte en cada momento en un viajero "solidario" con su momento histórico, visceral y anímicamente solidario, y viene mediatizada por el ambiente generacional existente en cada momento. En el ambiente de hoy, con una idea de Europa en que la Historia Acumulativa encuentra el camino abierto, es lógica una reacción que entienda el Estado como el espacio legítimo de violencia (WEBER, 1998: 83) en un intento por promover tales medios (NOCETE CALVO, 1994: 127). Las circunstancias son en definitiva las que favorecen que se sucedan los pulsos en la popularidad de cada movimiento cultural, por los cuales atraviesan momentos e que son retomados y otros en que son olvidados o tenidos como erróneos.

3.

Durante el último medio siglo la Arqueología ha incrementado enormemente sus expectativas, el número de preguntas que se formula y a que consiguientemente

desea dar una explicación, una respuesta. Toda explicación dota de orden interno a una realidad (LÉVI-STRAUSS, 1995: 10-13), un orden explicativo tan simple y claro como sea posible, creado *ad hoc* para esa realidad que se desea explicar y reemplazar (EINSTEIN, 1988: 34; BIETTI, BIETTI, 1985: 14). Esa explicación utiliza elementos extraídos del conjunto de datos más rico y completo de que el historiador dispone, es decir, su momento presente (RUSSELL, 1999: 1-8), puesto que es el único que permite intentar la reducción de la variabilidad a orden, objetivo que subyace a cualquier ciencia (LÉVI-STRAUSS, 1995: 13), a la cosmología (POPPER, 1992: 21; 1996: 22). Se realiza entonces una asimilación entre el objeto de estudio y el de referencia. La primera objeción a este proceso es que no disponemos de una caracterización tan prolija y completa del momento pasado estudiado, como del que utilizamos como plantilla, de manera que finalmente establecer relaciones entre ambos no es satisfactorio.

En cierta ocasión hemos pensado la lectura del pasado como la de un texto del que sólo se nos conservan los nexos, pero del que se han perdido sus elementos dotados de contenido semántico (LUCENA MARTÍN, 2001b: 74-75). Podemos reconstruir prácticamente cualquier texto a partir de esos nexos que nos quedan; los nexos pueden actuar entre elementos muy distintos, resultándonos esta reconstrucción *a posteriori* siempre igualmente satisfactoria. Sin embargo, realizamos una transposición de los rasgos que caracterizan el momento presente a ese otro pasado, y efectuamos procesos de inducción y deducción no a partir del momento pasado, sino del presente. El pasado objeto de estudio no podría generar ningún tipo de explicación en la mente del investigador si no fuese porque lo investimos de los rasgos extraídos de nuestra experiencia (CHILDE, 1962: 93-112; KLUCKHOHN, 1961: 127; WITTGENSTEIN, 1999: 6.363, 6.3631; BINFORD, 1990: 30; LUCENA MARTÍN, 2002a, 2002b), y en ocasiones queda oscurecida la diferencia entre ciencia (inductiva o deductiva) e ideología, dándose entrada a lo visceral (FEYERABEND, 1990) y lo sentimental (GARCÍA VARGAS, 1998: 33-34).

No todos percibimos el mismo mundo, cada grupo humano construye su imagen de éste de acuerdo con su capacidad de controlarlo (HALLPIKE, 1984: 452-453; HERNANDO GONZALO, 2001), de manera que el pensamiento es un producto múltiple, no hay una mecánica del pensamiento invariable en el tiempo, el espacio y la situación, tal como defendían Freud y B.F. Skinner (GEERTZ, 1988: 187-208; LEAHEY, 1986: 393-445; SAHAKIAN, 1982: 434-435; SKINNER, 1987). Las diferencias en la percepción del mundo, están muy presentes en nuestra mente desde la obra de Lévi-Strauss *La Pensée Sauvage* (1962), pese a las consideraciones que en torno a esta obra ha hecho J. Goody (1987). Llegamos en este punto a la distinción entre los niveles ontológico y epistemológico de la objetividad y de la subjetividad (SEARLE, 1995: 1-30), de manera que se pueden emitir juicios epistemológicamente subjetivos acerca de entidades que son ontológicamente objetivas, en razón a variables como el sexo del investigador, tal como destaca la antropología feminista (LAYTON, 2001: 211-215). En Arqueología prehistórica incluso las entidades son ontológicamente subjetivas, dependen de la reconstrucción que el prehistoriador lleva a cabo en su mente, es decir el paso de los *aspectos estáticos* a los *aspectos dinámicos* de la actividad humana (BINFORD, 1990: 24). "el útil resume y continúa el pensamiento de todas las generaciones que le preceden" (LEROI-GOURHAN, 1961: 62-63), de manera que el arqueólogo al fin y al cabo trata con abstracciones tipológicas, generadas a través de una tradición

social acumulativa, por la cual una invención es sólo una mejora de un conjunto de invenciones previas de las que se sirve (CHILDE, 1949: 15-35; 1960: 5-23).

El ejemplo mencionado de los materiales como nexos en un texto nos lleva al problema de interpretar la documentación arqueológica a través de un método hipotético- deductivo o inductivo. B.G. Trigger nos ofrece un ejemplo iluminador: si bien se pueden aislar algunas características comunes a todas las revoluciones, es imposible aislar los rasgos de una revolución determinada de entre las revoluciones en general. *"Aunque sea posible desarrollar un conjunto de teorías que expliquen en general el cambio cultural, de igual manera que la teoría sintética de la evolución biológica explica los cambios en las especies vivientes, esto no permitirá a los arqueólogos ver como particulares formas de vida han cambiado en tiempos prehistóricos. (...) El intento de comprender numerosas secuencias culturales, en toda su particularísima complejidad, podrá también conducir a individuar concurrencias regulares insospechadas en el comportamiento cultural, que podrán contribuir a una comprensión más detallada de los procesos de evolución"* (1996; 403-404). Definitivamente la Arqueología, como forma de acceder al conocimiento de las comunidades del pasado a través de sus realizaciones y restos materiales, no forma parte de las ciencias naturales (DANIEL, 1968: 138), no hay un esquema de funcionamiento de la humanidad en general de validez universal (HOGGIN, 1968: 245; BOAS, 1979: 150). Afirmaba Leroi-Gourhan que podemos aplicar cierto grado de determinismo, en el sentido de afirmar que la forma de un útil, por ejemplo, pertenece a la Naturaleza, de manera que cualquier grupo puede poseerla: hasta aquí puede llegar la explicación tecnológica desde una óptica determinista. Sin embargo, los elementos particulares requieren otra explicación distinta y más precisa (qué materia se usa, qué tipo de retoque o pulimento, usos de empuñadura adquiridos por cada comunidad, gusto por la forma de una comunidad vecina...) (LEROI-GOURHAN, 1993: 227-228).

Un ejemplo de transposición de datos desde el presente al pasado sería el de la famosa aserción *Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza*, de la que automáticamente se dio a Dios la *apariencia* del hombre, puesto que es de este último de quien tenemos datos (BURKE, 1989). Pero ¿qué si Dios no se revela a si mismo en sus acciones?, ¿qué si nuestro pasado no se revela en nuestro presente? (WITTGENSTEIN, 1999: 6.432; STRATHERN, 1996: 59-70). Podríamos tratar el tema desde innumerables perspectivas, y dar otros tantos ejemplos, pero la idea está clara: El pasado, *per se*, no ofrece y no admite interpretación. No admite significación, pero sí una descripción ordenada. La descripción posee una capacidad de sugerir de la que la explicación carece. Se trata de la diferencia entre una pintura impresionista y un retrato robot. Empezar a dudar demasiado nos llevará seguramente a alejarnos de los paradigmas en uso, y convertirnos en *stamps collectors* (JOHNSON, 1998: 25), es decir, que prescindiendo de la única solución explicativa vigente nos quedaremos con los datos desnudos. Citando una de las obras clásicas de la Arqueología de todos los tiempos, *"la definición no necesariamente clarifica"* (WHEELER, 1956: 228).

La claridad, cuando es intencionadamente buscada, posee un valor intelectual en si, del mismo modo que la ambigüedad, cuando se la pretende como mejor manera de expresar algo, también lo es. El lenguaje es un límite importante a nuestra capacidad de explicar, y por ello discutir sobre palabras, sobre terminología, no

lleva a nada (POPPER, 1996). Quien escribe pensó en cierto momento que la falta de un lenguaje propio y definido, estrictamente arqueológico, y la existencia en cambio, de un *lenguaje gaseoso* (BARTLEY, 1982: 57-86), era un obstáculo para el estatuto como ciencia de la arqueología (LUCENA MARTÍN, 2001a). En primer lugar la terminología constante empobrece el pensamiento, en tanto que lleva una carga de significado que se transmite con ninguna o pocas variaciones de escritor a lector, de manera que se cierra una puerta al pensamiento nuevo. En ocasiones el problema no reside en que no podemos explicar el pasado, sino en que no podemos *decir* una *explicación* (KLUCKHOHN, 1961: 127). "*Modestia, brevedad y objetividad*", son presumiblemente los objetivos que llevan a una escritura científica aburrida, inaccesible e ilegible, cuando sin embargo, calidad científica y formal no tienen porqué estar reñidas. Además, las obras de este segundo tipo, formalmente más accesibles, favorecen una mayor difusión del conocimiento (GOULD, 2001: xi-xiv), y frenan a la vez los efectos perniciosos, en cuanto sectarios, de la formación de paradigmas. Una vez más, encontramos en Martín Heidegger el punto de enlace, lucidísimo, entre nuestra construcción de la realidad y la estética, con "... *Poéticamente Habita el Hombre...*" (HEIDEGGER, 125-138: 1991), y en Werner Heisenberg, convencido del papel del arte como forma de clarificar la realidad y hacerla comprensible, al mismo nivel que un sistema cerrado de axiomas (1982: 128-131).

Ante estos problemas metodológicos, nos pareció factible alejar la Arqueología de los entresijos de la actividad científica, dada la falta de valor de las metodologías, que llevaba a una aparente imposibilidad de ciencia (FEYERABEND, 1990, 1992), con el consiguiente abandono del análisis como forma de acercamiento a la realidad, no constreñir la infinitud de la vida y el tiempo (TRIMARCO, 2000) a reglas que nuestra incapacidad de conocer no puede tejer, y recurrir a la síntesis, a la inspiración, a algo parecido a la actividad creadora del artista. Y curiosamente, de nuevo ya se había propuesto esta salida, cuando la mayor parte de los problemas aún no se habían ni tan siquiera planteado (WHEELER, 1956: 230). Y las dudas no recaían sólo sobre el nivel interpretativo, sino también sobre el metodológico (FORD, 1973: 83), en referencia a que los métodos de la arqueología son con frecuencia no científicos y subjetivos, si bien no hay razón para que lo sean.

Cuando Sir Mortimer Wheeler predicaba que el arqueólogo no puede ser un mero recolector de objetos, sino de hechos, ponía a la arqueología en un serio aprieto (WHEELER, 1956: 228). El problema es diferenciar entre *descripción* y *explicación*. En efecto son muy diversas, sobre todo en Arqueología prehistórica, pues en Prehistoria no se parte de hechos sino que éstos se infieren a partir del registro material, de manera que interpretación en Prehistoria significa saltar desde el material al conjunto de situaciones en que éste se veía involucrado, a la ideación del hecho en la mente del prehistoriador. Debemos buscar así *formas legítimas de interpretación/ explicación*, además de fijar el alcance de la *descripción*.

Lo hasta ahora dicho refleja una cierta desconfianza hacia las posibilidades del positivismo, por el que todo el saber humano se basa en la experiencia. Sin embargo, ninguna cabeza fría, como afirma Dilthey (1974: 119), renunciaría a la experiencia como forma de conocimiento primero. Creemos que es necesario simplemente ordenar nuestra experiencia, hacerla inteligible a través de la

aplicación de ciertas asunciones y técnicas (WHITE, 1969: 33), como fuente de la *descripción* y de la *interpretación/ explicación*: ciertos tipos de experiencia permitirán un ejercicio descriptivo, y otros tipos, uno interpretativo/ explicativo. Es necesaria la diferenciación precisa de lo que supone cada uno de estos conceptos, pues la confusión entre ambos crea interferencias a la hora de la sistematización y clasificación de los datos empíricos (TABACZYNSKI, 1996: 3). Creemos que la nítida delimitación de estos conceptos puede reducir la necesidad de un encuadre de la Arqueología entre las ciencias naturales o entre las del hombre.

1. Descripción: Informa de un estado de cosas. Se efectúa a partir del conocimiento sensible. El preguntarse cómo es algo es el primer paso en el estudio de una nueva realidad. No en vano la tipología es uno de los pilares básicos de la arqueología prehistórica, y apareció en primer lugar respecto a otros tipos de análisis (CALVO TRÍAS, 2002: 15-46).

2. Interpretación/ Explicación: Generalmente posterior a la descripción y excede a ésta. Las únicas explicaciones que podemos basar en la experiencia presente son aquellas referidas a los hechos que nosotros no inventamos ni propiciamos, si bien sí descubrimos (POPPER, 1996: 44), hechos cuya existencia es independiente de nosotros (SEARLE, 1995: 149). Los avances de la ciencia no hacen disminuir nuestro interés por las cosas cotidianas y no interfieren en nuestras actividades prácticas (WOOLLEY, 1957: 111-112). Relaciona elementos obtenidos a través de la experiencia sensible (DILTHEY, 1974: 119) y los coordina y ordena lógicamente (EINSTEIN, 1976: 3). Para Aristóteles era una operación que hacía surgir el núcleo invariante de un conjunto más o menos amorfo y no tematizado de significados (GIL, 1992), alcanzar el conocimiento desde la pluralidad de las formas (FARRINGTON, 1950: 237-238). El número de interpretaciones plausibles a un problema es inversamente proporcional a la cantidad de datos que los sentidos nos proporcionan, y el nivel de certeza que se alcanza es mayor en los casos en que las explicaciones son pocas. Cuando los datos de la experiencia son muy escasos, es tal la proliferación de hipótesis explicativas, que es preferible quedarnos en el nivel descriptivo.

La información recavada arqueológicamente dificulta por su propia naturaleza una interpretación fundamentada y con posibilidades de veracidad, pero a la vez favorece la proliferación de hipótesis basadas en la experiencia personal, generacional, en los paradigmas prevaecientes, en motivos ideológicos... Por otro lado, creemos que es la escasa significación de los datos arqueológicos, más que la no exigencia de respuestas por parte de la sociedad –como se ha sostenido para otras disciplinas como sociología y antropología (MUSIO, 1987: 41-44), lo que no facilita su interpretación, así como tampoco contradicen prácticamente ninguna hipótesis. Sin embargo es necesario diferenciar en todo momento lo que sólo puede ser descrito de lo que puede ser explicado. Primero la descripción, después la explicación, primero lo visible, después lo no visible (TABACZYNSKY, 1996: 7). Dónde situar la línea que separa ambos casos, no es fácilmente definible, y no es cuantificable. Por el contrario no corresponde sólo a la cantidad y naturaleza de información definir ambas categorías, sino también al sujeto cognoscente, y por supuesto, a las circunstancias sociales, políticas... en las que éste se desenvuelve. La observación y la experiencia deberían limitar drásticamente la gama de creencias científicas admisibles (KUHN, 1981: 25). Podemos decir que la respuesta

es no forzar la explicación, que Franz Boas expresaba como sigue: "El gran progreso de la ciencia nos obliga a tener presente con claridad en cada momento qué elementos del sistema de la ciencia son hipotéticos y cuáles son los límites del conocimiento que se obtiene con una atenta observación" (en HARRIS, 1971: 346-347).

BIBLIOGRAFÍA

BARTLEY III, W.W. (1982): *Wittgenstein*. Madrid.

BIETTI, A., BIETTI, A.M. (1985): "Problemi di teoria e metodo in Archeologia prehistórica", en (Liverani, M., Palmieri, A., Peroni, R.) *Studi di Paletnologia in onore di Salvatore M. Puglisi*, pp. 13-29 . Roma.

BINFORD, L.R. (1990): *Preistoria dell'Uomo: la Nuova Archeologia*. Milano.

BOAS, F. (1979): *L'uomo primitivo*. Bari.

BOLADERAS, M. (1997): *Popper (1902-1994)*. Madrid.

BUNGE, M. (1985): *Seudociencia e Ideología*. Madrid.

BURKE, K. (1989): *On symbols and society*. Chicago.

CALVO TRÍAS, M. (2002): *Útiles líticos prehistóricos, forma, función y uso*. Barcelona.

CARDOSO, C.F.S. (2000): *Introducción al Trabajo de Investigación Histórica*. Barcelona.

CASTRO MARTÍNEZ, P.V. et alii (1999): *Proyecto Gatas. 2: La Dinámica Arqueológica de la Ocupación Prehistórica*. Sevilla.

CAZZELLA, A. (1996): "Processual and Post-Processual Archaeology: Conciliation and Alternatives?". *XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*. Forlí (Italia), pp. 11-16.

CHILDE, V.G. (1949): *Il progresso nel mondo antico*. Torino.

CHILDE, V.G. (1960): *I frammenti del passato*. Milano.

CHILDE, V.G. (1962): *Società e conoscenza*. Verona.

CURTI, S. (1985): "Archeologia e filosofia: realta e prospettive", en (Liverani, M., Palmieri, A., Peroni, R.) *Studi di Paletnologia in onore di Salvatore M. Puglisi*, pp. 31-36. Roma.

DANIEL, G. (1968): *L'idea della Preistoria*. Firenze.

- DE BENEDETTI, S. (1979): "Dall'Universo di Newton a quello di Einstein". *Contributi del Centro Linceo Interdisciplinare di Scienze Matematiche e Loro Applicación, nº 50, Accademia Nazionale dei Lincei*. Roma.
- DILTHEY, W. (1974): *Teoría de las Concepciones del Mundo*. Madrid.
- EINSTEIN, A. (1976): *Il significato della Relatività*. Torino.
- EINSTEIN, A. (1988): *Come io vedo il mondo: la teoria della Relatività*. Roma.
- FARRINGTON, B. (1950): *La Scienza nell'Antichità*. Milano.
- FEYERABEND, P. (1990): *Diálogo sobre el Método*. Madrid.
- FEYERABEND, P. (1992): *Adiós a la Razón*. Madrid.
- FORD, R.I. (1973): "Archaeology serving humanity". In Redman, C.L. (ed.) *Research and Method in Current Archaeology*. New York.
- FREUD, S. (1997): *El Malestar en la Cultura*. Madrid.
- GADAMER, H.G. (1992): "Los fundamentos filosóficos del siglo XX". En Vattimo, G., (coord.) *La Secularización de la Filosofía: Hermenéutica y Postmodernidad*, pp. 89-112. Barcelona.
- GARCÍA FERRANDO, M. (1979): *Sobre el Método: Problemas de Investigación Empírica en Sociología*. Madrid.
- GARCÍA VARGAS, E. (1998): *La Producción de Ánforas en la Bahía de Cádiz en Época Romana, (Siglos II a.C.-IV d.C.)*. Sevilla.
- GEERTZ, C. (1988): *Antropología interpretativa*. Bologna.
- GIL, F. (1992): "El sentimiento de Inteligibilidad". En Vattimo, G., (coord.) *La Secularización de la Filosofía: Hermenéutica y Postmodernidad*, pp. 215-242. Barcelona.
- GIUSTI, F. (2002): *I primi stati: la nascita dei sistemi politici centralizzati tra antropologia e archeologia*. Roma.
- GOODY, J. (1987): *L'addomesticamento del Pensiero Selvaggio*. Milano.
- GOULD, S.J. (ed.) (2001): *Man's place in Nature*. Huxley, T.H.. New York.
- HALLPIKE, C.R. (1984): *I fondamenti del pensiero primitivo*. Roma.
- HARRIS, M. (1971): *L'evoluzione del pensiero antropologico*. Bologna. Título original: *The Rise of Anthropological Theory. A History of Theories of Culture*, New York, 1969.

- HARRIS, M. (1987): *El Materialismo Cultural*. Madrid.
- HEIDEGGER, M. (1991): *Saggi e Discorsi*, Vattimo, G. (coord.). Milano.
- HEISENBERG, W. (1982): *Fisica e Filosofia*. Firenze.
- HERNANDO GONZALO, A.(2001): "Sobre Identidad y Prehistoria". *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet* 3(3). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>. Madrid.
- HODDER, I. (1984): *Interpretación en Arqueología*. Barcelona.
- HOGBIN H.I., (1968): "Anthropology as public service and Malinowski's contribution to it", en Firth, R. (ed.), *Man and Culture: an evaluation of the work of Malinowski*, pp. 245-264. London.
- JOHNSON, P.E. (1998): *Objections Sustained: Subversive Essays on Evolution, Law and Culture*. Madison.
- KAS, L.R. (1988): *Towards a more natural science: biology and human affairs*. New York.
- KUHN, T. (1981): *La Estructura de las Revoluciones Científicas*. Madrid.
- KLUCKHOHN, C. (1961): *Mirror for man*. New York.
- LAYTON, R., (2001): *Teorie antropologiche*. Milano.
- LEAHEY, T. (1982): *Historia de la Psicología. Las grandes corrientes del pensamiento psicológico*. Madrid.
- LEROI-GOURHAN, A., (1961): *Gli uomini della Preistoria*. Milano.
- LEROI-GOURHAN, A., (1986): *Le radici del mondo: dalla ricerca preistorica uno sguardo sulla totalità dell'uomo*. Milano.
- LEROI-GOURHAN, A., (1993): *L'Uomo e la Materia*. Milano.
- LEVÍ-STRAUSS, C. (1962): *La pensée sauvage*. París.
- LEVÍ-STRAUSS, C. (1971): *Anthropologie Structurale*. Paris.
- LEVÍ-STRAUSS, C. (1993): *Raza y Cultura*. Madrid.
- LEVÍ-STRAUSS, C. (1995): *Myth and Meaning*. New York.
- LUCENA MARTÍN A.Mª. (2001a): "Prehistoria: Entre la Disciplina y la Indisciplina Científicas". *III Congreso Internacional de Historia de Andalucía*. Córdoba. (e.p.).

LUCENA MARTÍN, A.M^a. (2001b): "Prehistoria de Todo lo Material y lo Inmaterial". *Arte, Arqueología e Historia*, nº 9, pp. 74-75, Córdoba.

LUCENA MARTÍN A.M^a. (2002a): "Antes de Hacer Prehistoria". *ANTIQUITAS*, pp. 63-65. Priego de Córdoba, Córdoba.

LUCENA MARTÍN A.M^a. (2002b): "Consideraciones Interdisciplinares en Torno a la Arqueología: La Estructura de la Conducta". *ANTIQUITAS*, pp. 66-70. Priego de Córdoba, Córdoba.

MANSILLA CASTAÑO, A.M^a (1999): "El Análisis del Discurso Arqueológico como Metodología: una Primera Aproximación", *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet 1(3)*. <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>. Madrid.

MARTÍN DE LA CRUZ, J.C., LUCENA MARTÍN, A.M^a (2002): "The Iberian Peninsula and the Mediterranean during the Second Millennium b.C.: an Archaeology Made of Absences", *Journal of Iberian Archaeology*, nº 4. Porto, Portugal.

MEDEROS, A. (1995): "¿Retorno al Pasado?. Comercio o Difusión en los Análisis de los Sistemas Mundiales Antiguos". *Trabajos de Prehistoria*, 52, pp. 131-141.

MROZOWSKI, S.A. (1996): "Beyond Nature and Society Transcending the Procesual, Postprocesual Debate". *XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*. Forlì (Italia), pp. 37-42.

MUSIO, G. (1987): "Teoria della cultura e "sentenze" popolari". *Storia, Antropologia e Scienze del Linguaggio*, anno II, fasc. 1-2., pp. 39-82. Roma.

NOCETE CALVO, F. (1994): *La Formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3000-1500 a.n.e.)*. Granada.

PAGLIANI, M.L. (1996): "Politiche Culturali, allestamenti e didattica: alcuni esempi ottocenteschi". *XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*, vol. V. Forlì (Italia), pp. 571-574.

PELLICER CATALÁN, M. (1995): *Tras la Identidad de la Arqueología*. Málaga.

POPPER, K.R. (1982): *Conocimiento Objetivo*. Madrid.

POPPER, K.R. (1987): *La Miseria del Historicismo*. Madrid.

POPPER, K.R. (1992): *Un Mundo de Propensiones*. Madrid.

POPPER, K.R. (1996): *En Busca de un Mundo Mejor*. Barcelona.

RENFREW, C. (1990): *Arqueología y Lenguaje: La Cuestión de los Orígenes Indoeuropeos*. Barcelona.

RENFREW, C., BAHN, P., (2000): *Archaeology: theory, methods and practice*. London.

RUIZ GÁLVEZ, M. (2002): "Si las piedras hablaran..." el papel del patrimonio arqueológico en los procesos identitarios". *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet* 4 (1). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>. Madrid.

RUIZ ZAPATERO, G. (2002): "Arqueología e Identidad: la construcción de referentes de prestigio en la sociedad contemporánea". *Arqueoweb: Revista sobre Arqueología en Internet* 1(3). <http://www.ucm.es/info/arqueoweb>. Madrid.

RUSSELL, B. (1999): *The Problems of Philosophy*. New York.

SAHAKIAN W.S. (1982): *Historia y Sistemas de la Psicología*. Madrid.

SEARLE, J.R. (1995): *The construction of social reality*. New York.

SKINNER, B.F. (1987): *Sobre el Conductismo*. Barcelona.

SOUTH, S. (1977): *Method and Theory in Historical Archaeology*. New York.

STERELNY, K. (2001): *Dawkins vs. Gould: Survival of the fittest*. Cambridge.

STRATHERN, P. (1996): *Wittgenstein in 90 minutes*. Chicago.

SUSINI, G. (1996): "Preistoria e Storia". *Oltre la Pietra, Modelli e Tecnologie per Capire la Preistoria. XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*. Forlí (Italia), pp. 67-78.

TABACZYNSKI, S. (1996): "La Cultura ed i suoi correlati oggettuali: Approccio pragmatico, approccio semiótico, approccio integrale", *Problemi Teorici e Metodologici. XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences*, vol. I. Forlí (Italia), pp. 3-10.

TRIGGER, B.G. (1996): *Storia del Pensiero Archeologico*. Firenze.

TRIMARCO, A. (2000): *Opera d'Arte Totale*. Napoli.

VAN DEMAN MAGOFFIN, R. (1930): *The Lure and Lore of Archaeology*. Baltimore.

VICENT, J.M. (1982): "Las Tendencias Metodológicas en Prehistoria". *Trabajos de Prehistoria*, nº 39, pp. 9-53. Madrid.

VICENT, J.M. (1991): "Arqueología y Filosofía: la Teoría Crítica". *Trabajos de Prehistoria*, nº 48, pp. 29-36. Madrid.

WATSON, P.J., LEBLANC, S.A., REDMAN, C.L. (1987): *El Método Científico en Arqueología*. Madrid.

WEBER, M. (1972): *Ensayos de Sociología Contemporánea*. Barcelona.

WEBER, M. (1998): *El Político y el Científico*. Madrid.

WHEELER, M. (1956): *Archaeology from the Earth*. Baltimore.

WHITE, L.E. (1969): *La scienza della cultura*. Firenze.

WITTGENSTEIN, L. (1982): *Diario Filosófico (1914-1916)*. Barcelona.

WITTGENSTEIN, L. (1999): *Tractatus Lógico-Philosophicus*. Madrid.

WOOD, J.N. (1972): *An Introduction to Modern Archaeology*. Cambridge.

WOOLLEY, L., (1957): *Il mestiere dell'arqueologo*. Torino.

WRIGHT MILLS, C. (2000): *The Social Imagination*. New York.

NOTA A LA BIBLIOGRAFÍA: En algún caso de la lista bibliográfica, se ha añadido a la edición utilizada el título original de la obra, debido a la gran diferencia entre éste y el título de las ediciones traducidas.